

SIMPATÍA POR EL DEMONIO. BATAILLE Y LA INSUBORDINACIÓN DE LA LITERATURA

EDUARDO PELLEJERO
UNIVERSIDADE FEDERAL DO RIO GRANDE DO NORTE

La literatura... parece el elemento vacío... al
cual la reflexión, con su propia gravedad, no
puede abocarse sin perder su seriedad.

Maurice Blanchot
La literatura y el derecho a la muerte (1949)

Pero el sinsentido de la literatura moderna es
más profundo que el de las piedras...

George Bataille
*Carta a René Char sobre las
incompatibilidades del escritor* (1950)

Bataille estaba loco. Acaso no lo esté hoy para nosotros, pero ese es apenas uno de los raros efectos de su locura militante, consciente, paradójicamente lúcida. Fiel al proverbio de Blake, según el cual, si otros no se hubiesen vuelto locos, deberíamos estarlo nosotros, Bataille prefirió la locura de Nietzsche a la impostura de Heidegger, buscando alcanzar a través de ese gesto “la integralidad humana” y así “llevar el hombre a término” (Bataille 2005a: 158-159). Son seguramente las palabras de un místico (según el malintencionado pero certero anatema de Sartre), que voluntariosamente se colocó al margen del diálogo racional, intimidando a la crítica durante años, presa a la ilusión de que llegaría un día en que hablar de Bataille sería posible, como escribiera Marguerite Duras (quien también creía que

Bataille estaba loco (Duras 2010: 48) – recuerden, in extremis, la sincera reticencia de Blanchot: “¿Cómo aceptar hablar de este amigo?” (Blanchot 2007: 326). (¿Lo haré yo?).

En una época en la que el hombre se descubría *en-el-mundo* como parte de una estructura intersubjetiva compleja, que exigía su solidaridad para la realización de la humanidad en la historia, Bataille postulaba la soberanía de un deseo sin compromisos, totalmente autónomo en su consumación sin objetivos. El propio Bataille sabía que, en un mundo en el cual nadie duda del valor de la acción, sólo alguien que ha perdido la cabeza puede rechazar un objetivo sin proponer otro más válido (Bataille 1989: 131). Pero ese era el principio de su obsesión y – fiel a ese imperativo de soberanía, que acaso pueda leerse como exacerbación de la herencia de la *Aufklärung* – lo llevó hasta sus últimas consecuencias, lanzando una maldición sobre sí mismo. Gritando su odio “hacia un mundo que imponía, hasta sobre la muerte, su pata de empleado”, según un diagnóstico de la vida moderna que reconocía en sus contemporáneos “los más degradantes seres que han existido” (Bataille 2005b: 23-25)¹, Bataille se perfilaba como epítome de la extemporaneidad.

En ese sentido, más allá de la procura del bien común y de la actividad política, Bataille fue el explorador de un universo que desconocía la necesidad, accesible al hombre a través del desencadenamiento de las pasiones² propio de la mística, del erotismo y de la literatura, prácticas sin las cuales la humanidad se “enfrentaría con el vacío”, condenada a “una vida sin atractivos” (Bataille 2005b: 22).

La mística y el erotismo, en principio, son los cimientos de una Iglesia que Bataille pretende fundar en ruptura con todos los valores militares, económicos y políticos que definen la lógica del mundo moderno (Iglesia que, como sabemos, funcionó de forma secreta durante algunos años, sin dejar mayores testimonios que el libro de Waldberg, *Acéphalogramme*). Con todo, incluso cuando su sola existencia es suficiente para poner en causa el sistema cerrado del servilismo, la mística y el erotismo son experiencias mudas, que sólo encuentran un correlato expresivo en la literatura (y, por lo mismo, la

¹ “Cada día percibo un poco mejor que este mundo en el que estamos limita sus deseos a dormir” (Bataille 2001: 135).

² “El desencadenamiento de las pasiones es el único bien. Ya no hay nada en nosotros que merezca ser denominado sagrado ni bien, si no es el desencadenamiento de las pasiones” (Bataille 2008: 29).

Iglesia que funda Bataille conoce su institución visible y exotérica a través del lenguaje, dando lugar a la revista *Acéphale*, que apareció intermitentemente entre 1936 y 1939).

Así, situándola en la rara línea que va del rapto místico al éxtasis erótico³, Bataille postula la literatura como movimiento irreductible a los fines de la sociedad utilitaria:

(...) el espíritu de la literatura, lo quiera el escritor o no, está siempre del lado del derroche, de la ausencia de meta definida, de la pasión que corroe sin otro fin que sí misma, sin otro fin que corroer. Y como toda sociedad debe estar dirigida en el sentido de la utilidad, la literatura, a menos que sea considerada por indulgencia como una distracción menor, siempre está opuesta a esa dirección. (Bataille 2001: 148)⁴.

³ La literatura nace para Bataille de la decadencia del mundo sagrado, heredando los prestigios divinos de sus sacerdotes. Por otra parte, y a diferencia de los sacerdotes, el escritor tiene clara conciencia de su impotencia, del hecho de que no es auténticamente soberano y divina: “lo que el príncipe aceptaba como el más legítimo y el más envidiable de los beneficios es recibido, en cambio, por el escritor como don de un triste advenimiento. Su parte es en primer lugar la mala conciencia, el sentimiento de la impotencia de las palabras y... ¡la esperanza de ser ignorado! Su «santidad» y su «realeza», acaso su «divinidad», se le aparecen para humillarlo más: lejos de ser auténticamente soberano y divino, lo arruina la desesperación o, más profundamente, el remordimiento por no ser Dios... Porque no posee auténticamente naturaleza divina y sin embargo no tiene oportunidad de no ser Dios” (Bataille 2001: 150).

⁴ Hasta el final de la guerra, el enemigo directo de Bataille es el fascismo y la tentativa de someter la literatura a la lógica de la utilidad reservándole el espacio de la propaganda: “Esta guerra se hace contra un sistema de vida cuya clave es la literatura de propaganda. La fatalidad del fascismo es someter: entre otras cosas, reducir la literatura a una utilidad. ¿Qué significa una literatura útil si no tratar a los hombres como material humano? Para esa triste tarea, en efecto, la literatura es necesaria” (Bataille, 2001: 17). Es interesante notar, en todo caso, que frente a la estetización de la política fascista, Bataille no cree que pueda existir una alternativa en la politización alternativa del arte (Benjamin), sino que llama la literatura a escapar del mundo, a resignar su inscripción en el cuerpo social, refugiándose en una soledad radical que se emparenta con la muerte: “Lo que enseña de tal modo el escritor auténtico – por la autenticidad de sus escritos – es el rechazo al servilismo (y en primer lugar, el odio a la propaganda). Por ello no se sube al remolque de la multitud y sabe morir en la soledad” (Bataille 2001: 19). Evidentemente, la perspectiva de Bataille no se agota en esa disputa específica con la literatura de propaganda, ni la incompatibilidad se reduce a una incompatibilidad con el fascismo; tras el final de la guerra, en efecto, su nuevo enemigo son las poéticas del compromiso que, forjadas en la lucha contra el fascismo (compartiendo un frente común con Bataille, en ese sentido), se proponen ahora trabajar para la efectuación

De hecho, esa antinomia responde a otra antinomia más profunda en Bataille, según la cual “hace falta elegir entre la recuperación de la intimidad y la acción en el mundo real” (Bataille 2008: 116)⁵.

En tanto la literatura está del lado del derroche (de sentido), de la ausencia (de fines definidos), de la pasión (inútil), se posiciona en las antípodas de toda actividad eficaz y de su credo filosófico: el progreso en la historia. Desconociendo todo compromiso con el mundo de la *praxis*, por otra parte, la literatura coloca en riesgo el primero de los fines de la sociedad: la conservación de la vida (y en ese sentido la literatura es un crimen).

Salvaje, inorgánica, escandalosa, la literatura se opone a la razón fundada en el cálculo del interés, que es propia de la vida gregaria: la soberanía de los movimientos impulsivos del deseo a los cuales se encuentra asociada pone en causa el orden racional de la sociedad adulta (desconoce todo límite, puede decirlo todo, nada – por tanto – se apoya en ella). Bataille escribe:

Si le damos la primacía a la literatura, debemos confesar al mismo tiempo que nos desentendemos del incremento de los recursos de la sociedad. Quienquiera que dirija la actividad útil – en el sentido de un incremento general de las fuerzas – asume intereses opuestos a los de la literatura. En una familia tradicional, un poeta dilapida el patrimonio y se lo maldice. (Bataille 2001: 147)

Esta caracterización de la literatura como movimiento contrario a la lógica de la medida y el cálculo que asegura el bien común tiene implicaciones pesadas (si consideramos las formas coevas de la crítica que afirmaban el compromiso). Para comenzar, en la medida en que la sociedad se funda sobre la consideración del futuro, la actitud literaria,

del cambio en el mundo (tornando la literatura útil). Bataille afirmará esa incompatibilidad de la literatura con el mundo de la acción, su irreductibilidad a los fines de la sociedad utilitaria, especialmente en la carta que dirige a René Char en 1950.

⁵ “Me parece que nunca señalaremos lo suficiente una primera incompatibilidad de esa vida sin medida (hablo de lo que es, en conjunto, que más allá de la actividad productiva, en el desorden, es lo análogo a la santidad), que es lo único que cuenta y es el único sentido de toda humanidad - en consecuencia, de la misma acción sin medida. (...) Esta incompatibilidad entre la vida sin medida y la acción desmesurada es decisiva para mí” (Bataille 2001: 139).

que consiste en agotarse completamente en el goce presente, resulta inaceptable, absurda, infantil, en un mundo de medios para fines. La literatura es asimilada a la obstinación del niño (Kafka) que, de noche, en medio de una historia cautivadora, no quiere comprender que debe interrumpir la lectura para irse a acostar (en provecho de una actividad por realizar al día siguiente). Esto quiere decir que la literatura aparece a los ojos de la sociedad adulta como una cosa pueril, poco seria.

Al mismo tiempo, en tanto desafía la lógica que organiza el bien común, la literatura representa –como la transgresión de la ley moral– un peligro. Tal es el sentido de la relación de la literatura y el mal que atraviesa los ensayos que Bataille publica en 1957. Bataille es un lector de Nietzsche; sabe que la valoración moral responde en la modernidad a la lógica de la acción eficaz, de la subordinación del presente al futuro y del deseo a la medida; sabe también que todo lo que no se adecúa a un mundo así ordenado (todo aquello que transgrede su ley) queda irremediamente del lado del Mal (Bataille 1989: 14-22).

Evidentemente, la literatura no se acomoda simplemente a los conceptos de bien y de mal tal como se encuentran determinados en una sociedad dada (existe una incompatibilidad entre la literatura y la moral), sino que se caracteriza por lo que Bataille denomina «hipermoral» (en el sentido nietzscheano de más allá del bien y del mal). Pero, por otra parte, lo cierto es que en muchos de los casos analizados por Bataille el Mal aparece como *el medio más fuerte de exponer la pasión*, como si el Mal tuviese una cierta positividad: la transgresión.

(...) la asociación al principio del Bien mide «el más lejos» del cuerpo social (el punto extremo, más allá del cual la sociedad constituida no puede ir); la asociación al principio del Mal mide el «más lejos» que temporalmente alcanzan los individuos – o las minorías; «más lejos» no puede llegar nadie (Bataille 1989: 113).

La positividad del mal (transgresión) y la obsesión por el goce actual (puerilidad) coinciden en la caracterización de la total autonomía de la literatura tal como esta es entendida por Bataille. Sea por la incompreensión de la ley (deseo infantil), sea por la negación de la medida (devoción por el mal), la literatura se define por la insubordinación, por su negación a acatar el orden, a postergar o medir sus impulsos en virtud de un objetivo a alcanzar (incluso

cuando de ese objetivo dependa la conservación de la vida y su desconocimiento pueda conducir a la muerte). En ese sentido, dirá Bataille, la literatura es diabólica y subscribe la divisa del demonio (así como Dios no es más que la hipóstasis del trabajo y representa la unidad de todas las funciones serviles). NON SERVIAM. La literatura no sirve: no sirve a nadie, ni sirve para nada.

Ser libre significa para la literatura no tener función (Bataille 2005c: 67). Con todo, paradójicamente, abrazando el mal, la literatura gana una función singular en el mundo del bien. En su ineficacia, en su insignificancia, en su minoridad, la literatura da testimonio de una parte maldita, irreductible a la lógica de la acción; revela “los encantos de la vida no-servil y, a la vez, de su violencia” (Bataille 2008: 113); porque si bien es cierto que el ser no está abocado al Mal, también es verdad que no puede dejarse encerrar en los estrechos límites del bien común. Testimonio de Sade:

Tú quieres –decía ya en 1782, en carta del 29 de enero– que el universo entero sea virtuoso y no presientes que todo perecería al instante si sólo hubiera virtudes sobre la tierra... no quieres comprender que, ya que es preciso que existan vicios, es tan injusto que tú los castigues como lo sería que te burlaras de un tuerto (Bataille 2000: 156).

La literatura reconoce la necesidad del cálculo del interés y de la medida para la conservación de la vida (y en esa medida ocupa su lugar, esto es, se resigna a habitar los márgenes de la sociedad), pero a la vez es expresión de un suplemento, de una parte soberana, que escapa a la necesidad (tal fue –de acuerdo con Bataille– la preocupación del surrealismo: encontrar, más allá de la actividad técnica que aliena la humanidad actual, “ese elemento irreductible por el cual el hombre sólo puede asemejarse perfectamente a una estrella” (Bataille 2008: 47)).

Ese suplemento puede ser el mal, como ya dijimos, pero también la infancia, la pasión desbocada, el éxtasis místico. Ahora, Bataille duda de que la literatura pueda también ser una de esas formas impares en que la existencia sobrepasa el vacío de una vida regida por la necesidad y se convierte en “una danza que obliga a bailar con fanatismo” (cosa que se manifiesta no sólo en sus

afirmaciones explícitas⁶, sino también en la actitud ambivalente de Bataille en relación al lenguaje⁷ y en el carácter muchas veces instrumental de sus apuradas interpretaciones de obras literarias).

En ese sentido, “la miseria de la literatura es grande” y la relación de la escritura con el Mal se presenta bajo la forma de una maldición. Porque si la literatura es la única capaz de dar testimonio de ese grano en el hombre que desborda todos los proyectos en los cuales se encuentra comprometido, no lo puede hacer más que a través del lenguaje, que constituye un momento de la acción y no se comprende fuera de ella⁸. El precio a pagar por la soberanía es alto. La

⁶ “No hay dudas de que el arte no tiene esencialmente el sentido de la fiesta.” (Bataille 2001: 118) “La voluptuosidad no es la poesía. La poesía solamente tiene la capacidad que me falta, hace que no me demore más (aunque no abunde, existe) en expresar la felicidad. La literatura es habitualmente tan desafortunada, se esconde de la simplicidad de la alegría a través de tantos desvíos (...)” (Bataille 2001: 91) “La poesía está sujeta a todo tipo de reglas, y pienso que las exigencias que se le adjudican tienden a mostrar el peso del que hablo. Todo el esfuerzo realizado para darle a la poesía una libertad que pierde a cada instante marca esa distancia que dije que era necesario franquear por medio de un salto. Este salto puede ser la poesía, pero la poesía que pretende hacerlo, a partir del momento en que se juzga a sí misma, a partir del momento en que se peca del salto que tiene que hacerse y en el que todavía no ha destruido todo, la poesía es también la impotencia de la poesía” (Bataille 2008: 30).

⁷ Sartre señala que Bataille se sirve del discurso (el lenguaje) con alguna contrariedad: “Bataille se plantea el problema siguiente: ¿cómo expresar el silencio con palabras?” (Sartre 1968: 131). Bataille, por su parte, no deja de multiplicar sus reparos en relación al lenguaje: “Le hablo a mi semejante: un malestar invade la habitación y sé que nunca me escuchará. Mi lenguaje anuncia pobremente la melancolía de no ser ni Dios, ni un idiota” (Bataille 2001: 69); “Es posible, además, que nos demos cuenta de la debilidad de este argumento [sobre la pasión desencadenada], ya que en este mismo instante estoy hablando de él. Y a partir del momento en que hablé, subordiné mi vida a algo que no era el instante presente. No puedo pretender, en el momento en que levanto un poco la voz, desencadenar aquí mi pasión. Ante ustedes no estoy en absoluto desencadenado. Estoy, incluso, exactamente encadenado. Y cuando levanto la voz no se trata más que de un gemido ya que de ninguna manera puedo encontrar la más mínima frase que responda a mi voluntad. Estoy en medio de ustedes buscando, pero también sé que, tanto como busque junto a ustedes, estaré limitado por la búsqueda que podemos hacer juntos. La limitación permanecerá de manera tal que la búsqueda sólo podrá ser una búsqueda y bajo ningún aspecto su objeto aparecerá delante nuestro.” (Bataille 2008: 29-30).

⁸ La definición es de Sartre, y Bataille la retoma sin modificar. Bataille continúa: “En esas condiciones, la miseria de la literatura es grande: es un desorden que resulta de la impotencia del lenguaje para designar lo inútil, lo superfluo, es decir, la actitud humana que sobrepasa la actividad útil (o la actividad considerada en el

literatura obliga al escritor a renunciar al mundo, pero no le proporciona a cambio los tormentos y las delicias propios de la experiencia erótica. Los pactos con el diablo, ya se sabe, son taimados, y se pagan con el alma.

Y, con todo, a pesar de su naturaleza ambivalente, de su irresolución trágica, de su fragilidad, el escritor es el único guardián de esa parte maldita:

Escribir no deja de ser en nosotros la capacidad de agregar un rasgo a la visión desconcertante, que asombra, que espanta –que es el hombre para sí mismo, incesantemente. Sabemos bien que la humanidad prescinde fácilmente de las figuras que componemos: pero suponer además que el juego literario entero se reduzca, se someta a la acción, no deja de ser algo pasmoso de todas maneras. La impotencia inmediata de la opresión y de la mentira es incluso mayor que la de la literatura auténtica: simplemente, el silencio y las tinieblas se extienden. (...) El escritor no modifica la necesidad de asegurar los medios de subsistencia –y su reparto entre los hombres–, tampoco puede negar la subordinación a esos fines de una fracción del tiempo disponible, pero él mismo fija los límites de la sumisión, que no por ineluctable deja de ser necesariamente limitada. En él y a través suyo, el hombre aprende que permanece para siempre inasible, esencialmente imprevisible (Bataille 2001: 144).

Esa es la única forma del compromiso que debe asumir la literatura, según Bataille: extraviada en el mundo de la actividad, penetrada irremediamente por su lógica a través del lenguaje, la literatura hace visible, a pesar de todo, un movimiento irreductible a los fines de la sociedad utilitaria (movimiento que encuentra sus formas soberanas en el éxtasis erótico y el rapto místico). Más allá de eso, la literatura es incompatible con cualquier otra forma de compromiso.

Para Bataille, el compromiso, tal como era entendido en la época por escritores como Sartre, esto es, constituido por la pena de los hombres (el temor al hambre, el sometimiento o la muerte del prójimo), aleja al escritor de la literatura (que tiene por dominio

plano de lo útil). Aunque para nosotros, que hacemos de la literatura nuestra preocupación principal, nada importa más que los libros - los que leemos o escribimos -, excepto lo que ponen en juego: y asumimos esa inevitable miseria” (Bataille 2001: 143).

exclusivo las pulsiones más intensas de la experiencia interior), o lo condena a una obra banal en su tentativa de resultar útil a la sociedad. Por otra parte, esa sumisión a las urgencias de la organización de lo social, esa reducción de la literatura a ser medio para un fin, no afecta simplemente la vida del hombre que la escribe o de los hombres que la leen; afecta lo que es humanamente soberano.

En un pequeño texto que anticipa la carta que dirige a René Char en 1950 (carta que constituye su principal manifiesto literario), Bataille escribía:

A veces un escritor se rebaja, harto de soledad, dejando que su voz se mezcle con la multitud. Que grite con los suyos si quiere –mientras pueda–; si lo hace por cansancio, por asco de sí mismo, sólo hay veneno en él, pero les comunica ese veneno a los demás: ¡miedo a la libertad, necesidad de servidumbre! Su verdadera tarea es la opuesta: cuando revela a la soledad de todos una parte intangible que nadie someterá nunca (Bataille 2001: 18).

Bataille no pretende que renunciemos a toda forma de acción. Casos como el de Richard Wright – ejemplo por excelencia del compromiso sartreano – no dejan elección y obligan al escritor – desde afuera (*du dehors*) –, a realizar una obra comprometida. El problema no se coloca en esos casos. Bataille dice, simplemente, que la necesidad de la acción (para la preservación de la vida social) no puede ser el único criterio de nuestra conducta (y mucho menos de la literatura). Y a quienes desean limitarse a ver lo que ven los ojos de los desheredados (Sartre), Bataille prefiere no responder. En lugar de eso, asumiendo programáticamente la antítesis de la hipótesis sartreana, escribe:

La vida, por un lado, se recibe con una actitud sumisa, como una carga y una fuente de obligaciones: una moral negativa entonces responde a la necesidad servil de la coacción que nadie podrá impugnar sin cometer un crimen. Por otro lado, la vida es deseo de lo que puede ser amado sin medida, y la moral es positiva: le da valor exclusivamente al deseo y a su objeto. Es habitual constatar una incompatibilidad entre la literatura y la moral pueril (no se hace buena literatura, dicen, con buenos sentimientos). ¿No debemos acaso, para ser claros, señalar en cambio que la literatura, como el sueño, es la expresión del deseo –del objeto del deseo– y por ello de la ausencia de coacción, de la liviana insubordinación? (Bataille 2001: 143).

Bataille decía que la literatura no puede asumir la organización de lo social (y en eso, creo, estaremos todos de acuerdo). Hablando de Kafka, señalaba que los problemas que plantea la literatura son de otro orden, que no son problemas políticos, sino problemas humanos, eternamente post-revolucionarios, esto es, antropológicos, metafísicos, trágicos, comenzando por la cuestión del retorno a la intimidad (y en eso también, me parece, podemos llegar a encontrarnos).

Pero Bataille no sólo descreía de las posibilidades de intervención de la literatura, descreía también de su potencia crítica. Demorándose en una irritación que de buena gana calificaba de pueril, se limitaba a preguntarse qué hacemos en este mundo y qué farsa es esta que el mundo representa para nosotros. Y, en última instancia, nos llamaba a la resignación, al silencio. Entonces Bataille estaba loco, y confundía la impugnación del orden en que nos ahogamos (cuyo fin esperamos desde la infancia) con la aniquilación de nuestras necesidades en la consumación del deseo:

(...) el sentido del arte nos arroja en la vía de una desaparición completa (...). Más allá o más acá, entramos en la muerte o reingresamos en el mundo minúsculo. Pero la fiesta infinita de las obras de arte existe para decirnos, a pesar de una voluntad resuelta a no darle valor sino a lo que perdura, que se le promete un triunfo a quien salte en la irresolución del instante. (...) Si no nos invita, cruelmente, a morir en el raptó, al menos tendrá la virtud de consagrar un momento de nuestra felicidad a la igualdad con la muerte (Bataille 2001: 125).

Bataille ya no está loco para nosotros, que acaso le debemos parte de nuestra cordura, de nuestra lucidez, pero ciertamente sigue siendo un objeto de ansiedad para la crítica. Frente a sus textos todavía sufrimos una especie de *impase*: nuestras categorías filosóficas no se adecúan a lo que él tiene para decirnos y no sabemos qué pensar.

Por otra parte, a mí, y a todos los que buscamos pensar de algún modo las formas de intervención de lo poético (incluso más acá de cualquier espacio de derecho), la inmolación del arte propuesta por Bataille nos contraria profundamente. Aunque sea posible alegar casos importantes (comenzando por el surrealismo), siempre fueron raros los artistas que trabajaron para desaparecer, y la verdad es que no se escribe para el fuego (en algún lugar del mundo se escriben libros, como decía Marguerite Duras). En todo caso, no es eso lo que

buscamos en la literatura; buscamos, simplemente, volver diferentes de los viajes que nos propone, *volver otros*, pero *volver a este mundo* que –minúsculo o no– es nuestro mundo. (Roberto Bolaño decía que escribir es saber meter la cabeza en lo oscuro, saber saltar en el vacío –y en eso coincidía con Bataille–, pero también decía –como ya advirtieran Blanchot y Deleuze– que para eso es necesario saber mantenerse en el borde del precipicio: “a un lado el abismo sin fondo y al otro los rostros que se ama, los sonrientes rostros que se ama, y los libros, y los amigos, y la comida” (Bolaño 2005: 36-37).

Digamos, en todo caso, que si no podemos dejar de sentir que en la obra de Bataille se articula una verdad profunda –algo que nos impide, con toda su carga de locura, volvernos locos nosotros mismos–, es porque nos recuerda, más allá de la mala conciencia que provoca en nosotros la lógica hegemónica de la acción histórica (y las ruinas que deja a su paso), las limitaciones intrínsecas de todo proyecto político para colmar las aspiraciones humanas, y, con eso, el carácter necesariamente abierto de nuestro destino, de las vidas que vivimos, de las historias que contamos.

No debemos, no podemos comprender eso en el sentido de ignorar las contradicciones en las que nos compromete la historia, ni en el sentido de la impugnación de todos los proyectos colectivos que aspiran a resolverlas (al menos, no sin volvernos locos). Sólo nos resta hacerlo en el sentido de que el arte no pertenece a la urgencia del presente ni a la proyección del futuro (del mismo modo que no es cosa del pasado), porque implica un tiempo soberano, pleno, insuperable, que es capaz en determinados momentos de colocar en causa el tiempo histórico, de arrancarlo de sus goznes y abrirlo a esa pluralidad insospechada que es propia del devenir de la conciencia.

Intentando mediar en la polémica entre los partidarios de la acción eficaz y los de la experiencia interior, que acaso ilustra mejor que nada el ruidoso debate trabado entre Bataille y Sartre, Julio Cortázar escribía en 1947:

Pero surrealistas y existencialistas –poetistas–, reafirman con amargo orgullo que el paraíso está aquí abajo, aunque no coincidan en el dónde ni en el cómo, y rechazan la promesa trascendente, como rechaza el héroe el corcel para la fuga (Cortázar 1994: 137).

Es en ese principio de acuerdo, que ha hecho de la inmanencia un imperativo insoslayable para nuestro pensamiento, que acaso

radique lo mejor de la obra crítica de Bataille. No en el obstinado rechazo de un mundo que se negaba a comprender, ni en la desesperada e incomprensible invocación del sacrificio (de la muerte), sino en la exploración alegre del fondo trágico de la existencia.

Como decía en una de las conferencias que ofreció en París en 1947: “No se trata de encontrar detrás del mundo algo que lo domine, no hay nada detrás del mundo que domine al hombre, no hay nada detrás del mundo que pueda humillarlo; detrás del mundo, detrás de la pobreza en la que vivimos, detrás de los límites precisos en los que vivimos sólo hay un universo cuyo brillo es incomparable, y detrás del universo no hay nada” (Bataille 2008: 57).

BIBLIOGRAFÍA

- Bataille, George (1950), “Lettre à René Char sur les incompatibilités de l'écrivain”, en *Botteghe Oscure*, 6 (Otoño), París, pp. 72-187.
- (2000), *La literatura y el mal*, traducción de José Vila Selma, ediciones El aleph.com, Copyright www.elaleph.com, 28-IV-2011.
- (2001), *La felicidad, el erotismo y la literatura: Ensayos 1944-1961*, traducción de Silvio Mattoni, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- (2005a), “La locura de Nietzsche”, en George Bataille y otros, *Acéphale*, traducción de Margarita Martínez, Buenos Aires, Caja Negra, pp. 155-160.
- (2005b), “La conjuración sagrada”, en George Bataille y otros, *Acéphale*, traducción de Margarita Martínez, Buenos Aires, Caja Negra, pp. 21-25.
- (2005c), “Proposiciones”, en George Bataille y otros, *Acéphale*, traducción de Margarita Martínez, Buenos Aires, Caja Negra, pp. 63-70.
- (2008), *La religión surrealista. Conferencias 1947-1948*. traducción de Lucía Ana Belloro y Julián Manuel Fava, Buenos Aires, Las Cuarenta.
- Blanchot, Maurice (2007), *La amistad*, traducción de J. A. Doval, Madrid, Trotta.

- Bolaño, Roberto (2005), *Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003)*, Barcelona, Anagrama.
- Cortázar, Julio (1994), *Obra Crítica*, Madrid, Alfaguara.
- Duras, Marguerite (2010), *Escribir*, traducción de Ana María Moix, Buenos Aires, Tusquets.
- Sartre, Jean-Paul (1968), “Um novo místico”, em Jean-Paul Sartre, *Situações I*, tradução de Rui Mário Gonçalves, Lisboa, Publicações Europa-América, pp. 130-167.